

## **ALT-RIGHT Y LA METAPOLÍTICA DESESTABILIZADORA DE LA EXTREMA DERECHA**

En agosto de 2017, se llevó a cabo la multitudinaria manifestación llamada Unite the Right en la pequeña ciudad universitaria de Charlottesville, Virginia. Un grupo de hombres blancos con antorchas clamaban: “¡No nos reemplazarán!” y “Las vidas blancas importan” en torno a una estatua del exconfederado Robert E. Lee, ubicada en la Universidad de Virginia (Heim, 2017). La presencia de un grupo contrario a quienes protestaban en el área provocó un primer episodio de violencia esa noche. A la mañana siguiente continuaron las manifestaciones de grupos supremacistas blancos; incluso un colectivo llevaba rifles y se empezaron a dar enfrentamientos violentos entre los manifestantes y los opositores. En medio del caos, uno de aquéllos embistió con su vehículo a la activista Heather Heyer —quien murió en el incidente— y a otras diecinueve personas que participaban en contra de la manifestación (Zeit, 2017). Los disturbios de Charlottesville dirigieron la atención pública hacia la extrema derecha.

Durante el discurso del estado de la Unión de 2020, justo un día después de salir victorioso del proceso de *impeachment* y cuyo resultado favorecedor se debió a la alineación partidista republicana en el Senado, el expresidente Donald Trump entregó la medalla presidencial de la libertad a Rush Limbaugh. La Medalla de la Libertad es el máximo honor civil al que una persona puede aspirar en Estados Unidos.<sup>1</sup> Rush Limbaugh era un locutor ultraconservador famoso por su discurso derogatorio e inflamatorio en contra de los discapacitados, las mujeres, los inmigrantes y los indígenas. La polémica condecoración de Limbaugh desenmascaró la cautelosa, pero importante influencia que la extrema derecha ejercía sobre el gobierno y la sociedad estadounidenses.

<sup>1</sup> Entre los premiados más famosos están Martin Luther King, Rosa Parks, la madre Teresa, Elie Wiesel, Jackie Robinson y otros activistas por los derechos civiles y promotores de paz.

En un caótico debate presidencial de 2020 que sostuvieron el expresidente Trump y su contendiente Biden, el moderador preguntó a Trump si estaba dispuesto en ese foro nacional a condenar la supremacía blanca y a las milicias luego de las confrontaciones que habían acontecido en las ciudades de Kenosha y Portland. La contundente respuesta del presidente fue “*Proud boys: retrocedan y esperen*”.

El 6 de enero de 2021, durante la certificación de la elección presidencial de 2020, un conjunto de militantes de la extrema derecha irrumpió en el Capitolio de forma violenta; causaron saqueos y la acción finalmente tuvo como resultado ocho muertes, la mayoría de agentes de seguridad. Esta inaudita rebelión fue incitada por el presidente saliente en un *rally* al que sin sustento convocó bajo el lema “Stop the steal” (Detengamos el robo), intentando que no se acreditara la elección que dio el triunfo a su contendiente Joe Biden. La incitación a esta rebelión llevaría al expresidente Trump a enfrentar un segundo proceso de *impeachment* del que también salió avante por cuestiones partidistas.

El espectro político se ha visto cada vez más radicalmente dividido. Los guetos intelectuales están distanciados de la vida cotidiana y de la práctica gubernamental. Entre diversos sectores sociales hay un eco constante hacia afirmaciones como que el credo estadounidense y la ética están en erosión hoy día. Organizaciones y medios de comunicación se suman al clamor de que la sociedad está en un declive inefable. Estas percepciones han permeado de forma más impactante en la sociedad conservadora y neoconservadora del país, segmento social que considera que tiene cada vez menos espacios de expresión sociocultural y de control.

Paralelamente, existe lo que se ha denominado “la América alternativa” (*Alt-America*), esto es, el Estados Unidos de la sospecha y de la paranoia (Mann y Ornstein, 2012). En esta otra América las suposiciones toman el lugar de los hechos y las teorías de conspiración se vuelven realidades concretas (Neiwert, 2017: 33). Esta América alternativa abraza a los ciudadanos que creen en la libertad individual, el constitucionalismo, el libre mercado, la responsabilidad personal y los valores tradicionales, pero que han combinado estas posturas con el nativismo, el populismo y el nacionalismo blanco. El resultado ha sido una “política posiletrada” con adeptos y exégetas en la esfera pública estadounidense.

La emergencia reciente de la *Alternative Right* puede analizarse desde muchos puntos de vista: puede verse como un vicio intrínseco de un Estado

etnocéntrico estadounidense, gestado por sus orígenes en hombres blancos, anglosajones y conservadores; puede entenderse como un producto de la furia acumulada de una parte de la población blanca, que no ha sabido asimilar su nueva pluralidad; incluso, como una fuerza política desestabilizadora que está tratando de hacer expedito el colapso del conservadurismo tradicional en Estados Unidos; sin embargo, en todos los casos implica un antagonismo exacerbado promovido por grupos de odio que erosionan valores y llevan a cabo acciones que están aun por encima de la ética tradicional conservadora y que amenazan la democracia liberal sobre la que se fundó el país.

En este capítulo se explica el lugar de la extrema derecha dentro del conservadurismo estadounidense; luego, se precisan algunas discusiones importantes sobre la nomenclatura de esta corriente política, para proceder a analizar los tópicos más importantes de su agenda. La actividad de la extrema derecha ha encontrado en el ciberespacio el escenario propicio para desplegar su activismo; por eso también se exploraron sus publicaciones electrónicas, así como el uso de redes sociales convencionales y alternativas. Finalmente, se hace un balance de la influencia de estos grupos en la política estadounidense contemporánea, acción energizada por la elección de Donald Trump.

## **¿Quién es quién en la derecha estadounidense?**

Bajo ninguna circunstancia debe calificarse a los grupos de extrema derecha simplemente como conservadores. La ideología política conservadora es una clasificación más relativa que absoluta; a grandes rasgos, se basa en principios como son la libertad, la moralidad y el constitucionalismo. Los conservadores describen su ideología como “el arte” de lograr el máximo desarrollo de las libertades individuales de modo que sea consistente con el mantenimiento del orden social (Sykes, 2017). Desde la década de 1950 hay profundas divisiones en el espectro conservador en Estados Unidos.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> En 1964, la candidatura electoral de Barry Goldwater, apodado “Mr. Conservative”, fue un momento crucial para la balcanización de la corriente política conservadora. Goldwater buscaba revertir las políticas progresistas en auge en el país desde el *New Deal* y proponía abolir la Ley de los Derechos Civiles de 1964. De hecho, en su campaña manifestaba: “Mi ánimo no es aprobar leyes sino derogarlas” (McGirr, 2001). Goldwater perdió la nominación presidencial contra Nixon, pero dejó entrever las diferentes posturas políticas e ideológicas, algunas extremas, al interior del Partido Republicano y de sus votantes.

Actualmente existen tres grandes corrientes del conservadurismo en Estados Unidos: el conservadurismo propiamente dicho, los libertarios y el neoconservadurismo (Berkowitz, 2004). Primero, el conservadurismo tradicional es la ideología bajo la cual se fundó el país. En términos generales, se basa en la libertad, la igualdad frente a la ley, el libre mercado y el rechazo a un gobierno amplio que sea proveedor de bienes individuales. Segundo, los libertarios consideran que la preservación de la libertad es lo más importante, y que estará a salvo sólo protegiendo los derechos de propiedad, de asociación y de contrato. Para los libertarios, éstos deben ser los imperativos morales estrictos que han de guiar al país porque han demostrado resultados satisfactorios. La tradición teórica de estas dos corrientes conservadoras va desde Edmund Burke hasta Russell Kirk.

La tercera corriente es el neoconservadurismo, ideología que no empatiza con el conservadurismo tradicional, ya que difiere en su tipo y tradición. Los neoconservadores consideran que los peligros del orden político liberal vienen del liberalismo en sí mismo, el cual produce crisis civilizatorias y amenazas culturales que lo orillan a tener que defender sus propios valores. Los neoconservadores estadounidenses apelan a una excepcional *creedal nation* con una misión civilizadora que consiste en imponer “el régimen de la razón” en el mundo. El neoconservadurismo es militante, imperialista y busca imponer el racionalismo político transfronterizas (Brown, 2006). Tiene en Leo Strauss, Allan Bloom, Francis Fukuyama e Irving Kristol a sus principales teóricos, y en varios políticos de la era de Bush a sus practicantes más visibles en este siglo. Kristol explica: “Está claro que lo que puede ser justamente descrito como el impulso neoconservador (o al menos la persuasión neoconservadora) fue un fenómeno generacional, y ha sido absorbido en un conservadurismo más grande y comprehensivo” (1995: 40). Ahora bien, el neoconservadurismo aún resuena en los corredores del poder estadounidenses, particularmente en la política exterior. De entre cada una de estas corrientes del conservadurismo desertan radicales que nutren las filas de la extrema derecha. Martin Durham (2007) explica que los grupos de esta postura son entidades muy diversas que rechazan la moral tradicionalista, la ética política, el liberalismo económico y a las instituciones. Para estos grupos, si las leyes o el gobierno imponen una política ajena a sus intereses, el problema está en el gobierno.

A mediados del siglo xx, Seymour Lipset señalaba los riesgos de la extrema derecha en Estados Unidos. Lipset apuntaba que “Estos grupos, que

se caracterizan como radicales porque desean hacer cambios de gran alcance [...], se preocupan básicamente por eliminar de la vida política a aquellas personas e instituciones que amenazan su interpretación de los valores tradicionales o sus intereses económicos” (1955: 176). La política de la extrema derecha sale del estándar de la derecha y de la política tradicional. Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018) han identificado cuatro comportamientos indicadores de la extrema derecha: el rechazo a las reglas democráticas del juego político, la negación de la legitimidad de los oponentes, tolerar o fomentar el odio y la violencia, y el apoyo para coartar las libertades civiles de la oposición.

La vena cava de la extrema derecha es la paranoia. En torno a las elecciones de 1964, se definió la paranoia política como un sentimiento colectivo de persecución, agresión y sensación de erosión cultural a la que la ciudadanía ha sido sometida por voceros guiados por el interés personal (Hofstadter, 1964). La paranoia crea un entorno de extrema sospecha, de necesidad de vigilancia y de hostilidad desequilibrada hacia un antagonista que puede ser real o ficticio.

La expresión *Alternative Right* fue acuñada en 2009 por el ultraconservador Richard Spencer en una columna de la revista electrónica *American Renaissance*, en la que hablaba de nacionalistas blancos que creían en un nuevo tipo de conservadurismo hostil al tradicional y al neoconservadurismo, abierto a la política racista y autoritaria (Hawley, 2019). En 2016, una encuesta del Pew Research Center (Gramlich, 2016) encontró que el 54 por ciento de quienes respondieron nunca habían escuchado sobre la *Alt-right*; entre los que sí la conocen, el 66 por ciento se identifica como demócratas liberales. Es decir, los que más conocen la extrema derecha son quienes se han visto más amenazados por sus ideologías.

*Alternative Right* es una tendencia de la extrema derecha y un movimiento desorganizado que tomó fuerza por la victoria de Donald Trump (Schckinger, 2017). Todos los grupos de *Alt-right* padecen de paranoia política y ejercen prácticas de odio a diversas escalas, dirigidas a uno o varios subgrupos sociales. Ahora bien, la nomenclatura sobre ellos no debe utilizarse indiscriminadamente; por eso, vale la pena puntualizar sobre las diferencias ideológicas y prácticas entre las etiquetas más usadas para denominar a corrientes y células de la extrema derecha.

Cabe mencionar que no es lo mismo ser racista que “racialista”. En el último caso se reconocen las diferencias intrínsecas de un grupo racial y se

argumenta que estas características contribuyen a la conformación de identidades particulares; por ejemplo, la política pública en Estados Unidos tiende a ser racista. El racismo, sin embargo, se relaciona con la creencia de que hay razas superiores, y de que existen rasgos de comportamiento antagónicos entre los diferentes grupos raciales que deben ser política y socialmente moderados por medio de la segregación y la discriminación (Solomos y Back, 1994).

El grupo racista por antonomasia en Estados Unidos es el Ku Klux Klan. Este conjunto de organizaciones tiene sus orígenes en la era de la reconstrucción, tras la derrota de los confederados en la Guerra de Secesión. Estas primeras organizaciones del Klan buscaban desincentivar, mediante ataques violentos, a los recién liberados esclavos negros del sur para ejercer sus derechos (Chalmers, 1987). Este primer Ku Klux Klan fue disuelto por decreto porque los estados sureños argumentaban que combatirlos daba un pretexto para que las tropas federales estuvieran activas en la región.

Luego, en 1915, se fundó un segundo Ku Klux Klan como una organización anticomunista, anticatólica, antiinmigrante y abiertamente racista, más estable y con mayor presencia en el territorio; se estima que llegaron a ser hasta cuatro millones de miembros (Pegram, 2011). Una tercera ola ocurrió en la década de 1950 en contra de las organizaciones del movimiento por los derechos civiles. Estos grupos causaron numerosos disturbios raciales contra manifestantes pacíficos y ataques fatídicos contra líderes del movimiento (Chalmers, 1987). Después de la elección de Barack Obama en 2008, las células del Klan se reactivaron en el sur y en el medio oeste. Todas estas pequeñas células racistas que actúan bajo el anonimato justifican el uso de la violencia basada en la superioridad racial de los blancos.

Siguiendo con las definiciones, George Hawley (2017) explica que no es lo mismo ser un supremacista blanco que un nacionalista blanco. Los nacionalistas blancos consideran que los diferentes grupos raciales deberían formar Estados separados; es decir, la base de la identidad nacional debería fundamentarse en un Estado monoétnico (Huntington, 2004). Por su parte, los supremacistas blancos conciben una sociedad donde las diversas razas convivan en un mismo Estado, pero en esferas separadas y con estructuras jerárquicas que en todos los ámbitos estén encabezadas por los blancos (Saxton, 2003), tal y como sucedió durante la era Jim Crow en el sur de Estados Unidos o en la época del *apartheid* en Sudáfrica.

Entre los grupos supremacistas blancos más conocidos por sus acciones violentas están los *racist skinheads*. De acuerdo con el Southern Poverty Law Center (2020), desde 2012 los *skinheads* han alcanzado su número máximo, con unos ciento treinta y ocho grupos, y se les atribuyen ataques grupales en contra de individuos afroamericanos, mexicanos y homosexuales en lugares públicos.

Además del nacionalismo y el supremacismo blancos, también dentro de la extrema derecha está el movimiento patriota. Anatol Lieven (2003) considera que todo carácter nacional se construye a través de polaridades, a partir de choques ideológicos y sociales que paulatinamente van forjando una identidad en común. Es decir, el nacionalismo se basa en los elementos de cohesión social que dan lugar a una identidad colectiva, y en el caso del nacionalismo blanco es primordialmente la raza blanca. Por su parte, el patriotismo venera los valores tradicionales y las fundaciones históricas del país.

La mayoría de los grupos de extrema derecha en Estados Unidos se adscriben al nuevo movimiento patriota. Los patriotas combinan sus interpretaciones del constitucionalismo con la paranoia social para crear explicaciones sociales y políticas alternativas en la extrema derecha. Carolyn Gallaher (2003) explica que el movimiento patriota contemporáneo surgió en el medio oeste estadounidense como resultado de la reestructuración de la agricultura y la desindustrialización de la economía, que empobrecieron a muchos hombres blancos en la región. Los grupos de extrema derecha aprovecharon la sensación de inacción gubernamental percibida entre los blancos empobrecidos de esta región rural para movilizar sus preocupaciones con la promesa de “regresarles América”. Sobre la misma línea, Neiwert (2017) explica que el movimiento patriota argumenta que todos los poderes constitucionales emanan del y residen en el gobierno local; por tanto, el control de armas y la prohibición de los crímenes de odio son inconstitucionales por ir en contra de la autonomía de las localidades.

Luego están los identitarios, quienes pertenecen al movimiento separatista blanco y buscan preservar la identidad racial, étnica y cultural blanca de sus países.<sup>3</sup> Promueven el etnopluralismo, es decir, que todos los grupos

<sup>3</sup> Este movimiento inició en Francia en 2012, a través de la organización Generación Identitaria. Pretendía distanciarse de los fascistas europeos adoptando como su principal ideología la islamofobia. Actualmente tiene sedes en once países; en Estados Unidos se fundó el American Group Identity Evropa (Hawley, 2019).

étnicos son iguales, pero que deben socializar separadamente en locaciones geográficas específicas. Los identitarios consideran que la inmigración no europea, en particular la musulmana, es la que mayormente amenaza a la identidad estadounidense (Stern, 2019). La organización identitaria más famosa en Estados Unidos es el Partido de los Trabajadores Tradicionalistas, que tiene su origen en la “Red de Jóvenes tradicionalistas” que Matthew Heimbach formó en la Universidad de Indiana (ADL, 2018).

En este punto aparece el fundamentalismo. La ideología central de los fundamentalistas es la construcción de un Estado monodocionario, la mayoría de las veces en torno a una religión o una cosmovisión radical. En el caso concreto del contexto estadounidense, se han desarrollado corrientes fundamentalistas enarboladas tanto por las principales religiones como por los distintos grupos raciales; destacan en este rubro las doctrinas negras y judías.

En un estudio sobre religión y política realizado por el Pew Research Center (Lipka, 2019), se encontró que el 71 por ciento de los republicanos considera que la religión hace más por la sociedad estadounidense de lo que la perjudica; al respecto, sólo un 44 por ciento de los demócratas piensa lo mismo. Cuando se les cuestionó sobre su opinión en torno al control de los conservadores religiosos sobre el Partido Republicano, el 18 por ciento de los republicanos y el 61 por ciento de los demócratas contestaron que mucho. Por el lado contrario, el mismo estudio los cuestionó sobre el control que los liberales ateos y agnósticos tenían sobre el Partido Demócrata: el 59 por ciento de republicanos y sólo el 15 por ciento de demócratas dijeron que demasiado.

Un ejemplo importante para ilustrar al fundamentalismo en Estados Unidos se presentó en la década de 1930 con el surgimiento de la Nación del Islam, movimiento que alcanzó su mayor *boom* entre 1950 y 1960 y que sigue vigente hasta nuestros días. Esta organización simbiótica de la identidad afroamericana y el Islam incluso atrajo a personajes famosos como el activista Malcolm X y el boxeador Mohammad Ali. La asociación utiliza mitos religiosos para explicar la historia política de los negros en Estados Unidos (Lee, 2011). Promueve ideas como que los judíos son los culpables de la esclavización de los afroamericanos, que Alá es negro y que los demonios son blancos. Este grupo religioso, racista, racista y separatista promueve mensajes de intolerancia y frecuentemente justifica el uso de la violencia para la consecución de sus objetivos. En el marco de los colectivos de extrema derecha que también justifican la violencia y que pertenecen al movimiento patriota encontramos a



las milicias, grupos antigubernamentales que consideran que el país está tomando un rumbo contradictorio al que proyectaron sus fundadores, y argumentan que por eso es necesario retomar el control de las instituciones.

En 2017, el Southern Poverty Law Center (2019a) identificó seiscientos ochenta y nueve grupos antigobierno; doscientas setenta y tres de estas organizaciones constituyeron milicias armadas. De acuerdo con Darren Mulloy (2004: 1-2), “La diversidad de las milicias es una de sus características más interesantes. Los grupos van de los extremadamente abiertos a los extremadamente secretos; unos son predominantemente paramilitares en su naturaleza y otros parecen más grupos de discusión constitucional [...]. Mientras algunas milicias son esencialmente ‘survivalistas’ y condenan los vicios del mundo, otras se han apropiado de la tecnología de la era de la información”. Estos grupos armados defienden férreamente la Segunda Enmienda constitucional que ampara a los ciudadanos en su derecho de poseer armas. También apelan a legislación como la Ley de Milicia de 1903, que estableció el concepto de “milicia no organizada” (Durham, 2007). En dicha ley se instituyó que las milicias son grupos armados independientes de la Guardia Nacional, a los cuales se permite realizar ejercicios y entrenamiento de tipo militar para que puedan funcionar como fuerzas de reserva de la nación.

El Departamento de Seguridad Interior (U.S. Department of Homeland Security, DHS) lanzó un boletín de inteligencia en el que explicaba que desde el 9/11 los grupos supremacistas están reclutando a veteranos de guerra (Chermak *et al.*, 2011). En este informe se estimaba que había unos doscientos grupos alistándose; el objetivo era aprovechar su experiencia militar y táctica, y utilizar las secuelas psicológicas que pudieran tener para radicalizarlos. El DHS explicó que los grupos extremistas violentos son minoría dentro de la extrema derecha y tienen una mayor tendencia a no estar activos en redes sociales; por el contrario, son muy herméticos y operan en estricto secretismo.

El Minute Man Project es una organización extremista y nacionalista de gran escala, cuyo principal objetivo es vigilar la frontera de México con Estados Unidos para evitar los cruces ilegales de personas y mercancías. Este grupo tiene un PAC en el Congreso que apoya a candidatos antiinmigrantes y busca evitar la aprobación de una reforma migratoria. Dentro del proyecto surgieron varias milicias armadas como el Minutemen Civil Defense Corps, vigente entre 2005 y 2010, y el Minutemen American Defense, que había

pasado casi inadvertido hasta el asalto fatídico a la familia Flores en un pueblo fronterizo en Arizona en 2009. Estas milicias, que supuestamente han sido disueltas, consistían en grupos de voluntarios armados que disparan ante cualquier “cruce sospechoso” a través de la frontera (Contreras, 2019).

Otra milicia similar es el grupo de los “Three Percenters”, que también forma parte del movimiento patriota. Surgió en 2008 en contra de las iniciativas para regular las armas, y exige que el gobierno federal no interfiera en asuntos locales. Según la propia organización no son un grupo antigobierno, sino de resistencia y no de ataque; por eso, sólo incitan a sus miembros a estar listos para participar físicamente en las actividades convocadas por cada sede local (Three Percenters, 2020). Otro grupo similar, también adscrito al movimiento patriota, son los United Constitutional Patriots de Nuevo México. Constituyen otra milicia antiinmigrante y conspiracionista que apoyaba fervientemente la propuesta de Donald Trump de construir un muro en la frontera México-Estados Unidos.

Entre el 60-70 por ciento de los homicidios anuales relacionados con extremismo en Estados Unidos son causados por el terrorismo interno de los grupos de extrema derecha (ADL, 2020). Los episodios de violencia de las milicias estadounidenses reportados por la prensa y las organizaciones civiles están plagados de casos de violencia letal contra civiles indefensos, niños latinos, comunidades religiosas judías y musulmanas, ataques a refugiados y a trabajadores migrantes que la maquinaria económica requiere pero que la ultraderecha condena fatídicamente.

Neiwert (2017) explica que los medios de comunicación estadounidenses hacen una mayor cobertura de las acciones criminales realizadas por personas de minorías étnicas o religiosas en lugares públicos, que de los episodios de terrorismo interno llevados a cabo por grupos extremistas blancos. Este autor ejemplifica el sesgo a favor de la extrema derecha al explicar que un tiroteo de un opositor al aborto hacia la clínica de Planned Parenthood de Colorado Springs en 2015 y una bomba a la comunidad musulmana de Kansas en 2016 ni siquiera fueron tipificados por las autoridades como actos de terrorismo interno.

## Ideas y propuestas políticas

El aumento de grupos de extrema derecha es una reacción social que históricamente ha ido de la mano del avance en las luchas por los derechos civiles y el progreso de la política de justicia social. Por ejemplo, el Southern Poverty Law Center (2019a) encontró que la elección de Barack Obama, el primer presidente afroamericano en la historia de Estados Unidos, coincidió con un incremento de los grupos radicales y alcanzó cifras similares a las de las décadas de 1960 y 1970, periodo en que los movimientos por los derechos civiles en el país ocasionaron una emergencia multitudinaria de grupos reaccionarios de la extrema derecha; su éxito en los escenarios públicos traería consigo una etapa de conservadurismo social y político.

En la era de Obama, los grupos de extrema derecha se encargaron de difundir información para desprestigiarlo, tanto ideas reales —como que ha sido el presidente más antiarmas de la historia—, como montañas de información falsa destinada a fomentar su ilegitimidad. Al respecto, aseguraban que Barack Hussein Obama era un musulmán en secreto, que no era estadounidense por nacimiento, y que buscaba imponer un nuevo orden racial para subyugar a la población blanca (Ledwidge *et al.*, 2013). Tan sólo durante los meses transcurridos entre la elección y la toma de posesión del presidente Obama ocurrieron más de doscientos episodios de odio racista, con la intención de boicotarlo (Neiwert, 2017).

El expresidente Obama tuvo que hacer pública su acta de nacimiento e incluso invitó a factcheck.org a analizar el documento original; sin embargo, las noticias falsas hicieron eco en varios sectores de la sociedad estadounidense. En torno a las elecciones de 2016, NBC News encontró en una encuesta que el 72 por ciento de los republicanos que respondieron dudaban que el acta de nacimiento de Obama fuera legítima.

Una diferencia importante de la elección del expresidente Donald Trump, quien se caracterizó por sus discursos de paranoia política y nativismo, fue que no creó mayor confianza hacia el gobierno entre los militantes de la extrema derecha para desintegrar sus células o reducir su activismo, como sí había ocurrido con otros gobiernos conservadores en la historia. De hecho, la directora del Southern Poverty Law Center declaró en una entrevista sobre Trump que: “Temprano, el día después de la elección, llegué a mi oficina para ver el teléfono y el correo inundados de reportes sobre personas que

habían sido víctimas o testigos de crímenes de odio [...]. De todo el país y de cada segmento de la población que había sido atacada durante la campaña —latinos, inmigrantes, musulmanes, gays y lesbianas— estaban presentes en las denuncias” (Neiwert, 2017: 317-318).

El ataque a estos grupos minoritarios fue un común denominador durante toda la presidencia de Trump. Se encontró que durante el periodo electoral de 2016, en los condados en donde Trump llevó a cabo un mitin de campaña hubo un incremento de un 226 por ciento de crímenes de odio (Feinberg *et al.*, 2019). Numerosos estudios han relacionado los tuits de este expresidente con el aumento de crímenes de odio, debido al contenido de sus mensajes inflamatorios (Edwards y Rushin, 2018).

La extrema derecha traza sus fronteras de exclusión a partir de factores fisiológicos e ideológicos. Los intereses políticos y la agenda de la derecha alternativa no sólo tienen que ver con la superioridad racial; hay otros temas recurrentes y que son barómetros certeros de la ideología ultraderechista de una organización, ante lo inocuo de sus nombres y lo furtivo de sus debates. El más público de los temas de la agenda política de Trump fue la férrea defensa de la Constitución como único orden político legítimo y racional. Muy relacionado con esto, está la defensa de la primera y segunda enmiendas; destaca entre sus prioridades el activismo a favor de la libre comercialización, posesión y portación de armas de fuego.

Como proyección de todo esto, uno de los principales campos de batalla de los conservadores en Estados Unidos y trinchera donde la extrema derecha ancla gran parte de su ideología es la política exterior. La otra parte de la agenda política conservadora es más bien una reacción defensiva hacia su estatus social, que consideran afectado por las luchas por los derechos civiles y la justicia social. En este rubro, además del supremacismo blanco resaltan otros dos reclamos: el antisemitismo y el nativismo antiinmigrante. Luego, ante el progreso de la cuarta ola del movimiento por los derechos de las mujeres resurgen resurgen masculinidades hegemónicas que reclaman los derechos del hombre y el respeto a los valores de las sociedades conservadoras.

Lo más interesante de la agenda de la extrema derecha es que, en lugar de promover cambios o de fomentar leyes, se basa en derogarlas o en promover nuevas políticas que reviertan programas progresistas. Precisamente en esto se basa el éxito de esta agenda, ya que es más fácil movilizar un colectivo en oposición a leyes y políticas públicas, que activar la maquinaria gubernamental

para avanzar en la promulgación de reformas estructurales y cambios progresistas profundos. A continuación se analizarán brevemente sus posturas en cada uno de los grandes ejes anteriormente enunciados, para examinar cómo operan sus procesos de derogación y retroceso político.

#### LA DEFENSA DEL ORDEN CONSTITUCIONAL Y LA POLÍTICA EXTERIOR DEL *AMERICA FIRST*

La derecha radical considera que la Constitución es el documento más perfecto de la historia y que ha dado resultados satisfactorios porque fue escrita por hombres blancos, cristianos y conservadores. Para esta tendencia, la única lectura válida de la Constitución es la que pueden hacer los individuos con estas mismas características: ellos, que son los patriotas constitucionales (Finn, 2019). Por esta razón, algo que identifica a los grupos de la derecha alternativa es el uso y abuso de las libertades constitucionales.

En particular, la extrema derecha se ampara en las libertades de discurso, de credo, de asociación y en el derecho a poseer y portar armas. La Primera Enmienda constitucional (1791) establece que “El Congreso no hará ninguna ley con respecto al establecimiento de una religión o para prohibir el libre acceso a una; o para restringir la libertad de expresión o de prensa; o el derecho de la gente para reunirse pacíficamente, o para pedir al gobierno reparación del daño”. Luego, la Segunda Enmienda (1791) establece: “Siendo necesaria una milicia bien organizada para la seguridad de un Estado libre, el derecho del pueblo a poseer y portar armas no será infringido”. Cualquier iniciativa política que intente regular el abuso de estas libertades es inmediatamente criticada por la extrema derecha.

Esta tendencia considera que los gobiernos locales son los pilares de la nación estadounidense y que el federalismo se sostiene gracias a la autonomía de las localidades que delegan un poder limitado al gobierno federal. Todas aquellas leyes federales que tengan efectos regulatorios sobre la vida cotidiana de las localidades, que contravengan ordenanzas locales o que busquen unificar leyes locales a nivel nacional, serán una fuente de oposición de los grupos de extrema derecha.

Por ejemplo, en torno a la pandemia global de la Covid-19 en 2020, muchos países aplicaron políticas de confinamiento y restricciones a las actividades

económicas. En Estados Unidos —el país del mundo con más contagios y víctimas— hubo protestas promovidas por partidarios de la extrema derecha con la demanda “Reopen America”. Miles de activistas en el estado de Michigan argumentaron que la cuarentena para contener el virus atentaba contra todas las libertades individuales y es una medida autoritaria que sólo los gobiernos locales tienen la facultad de implementar.

Para los grupos de extrema derecha, el Congreso es la rama del gobierno que busca incrementar más su poder abusando de la flexibilidad de las cláusulas de su mandato político y por la apropiación constante de nuevas materias legislativas. Además, es en esta rama gubernamental donde las corporaciones y los guetos intelectuales liberales tienen mayor influencia. El Congreso encarna el pluralismo político, la diversidad social y el reformismo que la extrema derecha repudia.

La teoría favorita en contra del gobierno por parte de los grupos de extrema derecha es la que postula el *Deep State*. Esta teoría conspirativa implica una cooptación gubernamental por parte de las corporaciones y un control de las elites liberales que se perpetúan en el sistema. Inclusive el expresidente Donald Trump, al no haber desarrollado una carrera política y por no haber participado en las estructuras organizativas del Partido Republicano, culpó en numerosas ocasiones al *Deep State* como causante de que se limitara su poder por las cortes federales, de que se le hubiera llevado a un proceso de *impeachment* y de que no se aprobaran sus iniciativas en el Congreso.

La *Alt-right* es antiglobalista; considera que las organizaciones internacionales y los tratados tienen como fin único reducir la soberanía de los países para imponer un gobierno único: el nuevo orden mundial. Para los grupos de extrema derecha el cambio climático es un invento de los partidarios de este nuevo orden mundial, que a través de sus elites ambientalistas quieren imponer regímenes regulatorios masivos con el objetivo de frenar el desarrollo del país y de mantener a los estadounidenses ordinarios lejos de las esferas públicas (Stern, 2019).

Esta corriente es partidaria de una política exterior que ponga sobre todo a Estados Unidos primero, que defienda los intereses nacionales a toda costa y por encima de quien sea. A diferencia de los conservadores y neoconservadores, la extrema derecha se opone a mantener una relación estrecha con Israel y rechaza cualquier intervención militar en Medio Oriente. La

extrema derecha argumenta que estas naciones son incompatibles con la democracia y, por tanto, están condenadas a regímenes de dictadores que mantengan el terrorismo a raya.

Los radicales de la extrema derecha argumentan que el gobierno debe mantener políticas comerciales proteccionistas. Consideran que muchos países y las organizaciones internacionales han abusado de la transferencia de fondos y los acuerdos comerciales con Estados Unidos (Saxton, 2003). Sostienen que la política comercial ha causado el déficit en la balanza del comercio exterior del país y el detrimento de la economía interna. Aseguran que China se ha robado el *know-how* estadounidense, ha causado la devaluación de la moneda y ha robado puestos de trabajo de la Unión Americana por su mano de obra subvaluada. Por eso, este país es constantemente el sujeto principal de sus reclamos en política exterior.

#### ACTIVISMO CONTRA LA REGULACIÓN DE ARMAS

Entre las economías más grandes del mundo, las muertes causadas por armas de fuego por cada cien mil habitantes equivalen a 0.1 en Alemania, 0.04 en Reino Unido, 0.03 en China y en Japón, y 4.43 en Estados Unidos (Armstrong, 2018). De hecho, en este país hay más armas de uso no oficial que civiles; se estima que hay ciento veinte armas por cada cien civiles en el país; el 40 por ciento de los hogares tiene por lo menos un arma (Armstrong, 2018). Entre 2012 y 2019 hubo 2086 tiroteos en Estados Unidos; el 2019 fue el año más violento del periodo con cuatrocientos diecisiete tiroteos, de los cuales treinta y uno fueron eventos masivos donde hubo por lo menos tres víctimas mortales, además de los agresores (GVA, 2019).

Actualmente, dieciséis estados permiten la portación de cualquier arma sin ningún permiso o registro; cuatro más la autorizan sólo con cierto tipo de armas. Al igual que en torno a muchos temas de las agendas de las minorías políticas, las posturas sobre la regulación de armas varían a lo largo del territorio estadounidense. En este rubro, las percepciones entre los ámbitos urbanos y rurales son muy contrastantes. Adicionalmente, la Suprema Corte también tiene como mandato principal salvaguardar el cumplimiento de la Constitución, pero ante la claridad y precisión del texto de la Segunda Enmienda hay poco espacio para las controversias.

La extrema derecha considera que deben defender su derecho y capacidad para constituir una resistencia armada, y sobre todo, en caso de ser necesario, para emprender una revolución en contra de un gobierno tiránico. De acuerdo con estos colectivos, la relación entre el gobierno y los hombres armados los convierte en ciudadanos; por el lado contrario, la relación entre hombres desarmados y el gobierno es la de meros sujetos pasivos (Finn, 2019). Todas las legislaciones que proponen restringir o regular la posesión y portación de armas garantizada por la Segunda Enmienda enfrentan oposición entre los grupos de extrema derecha.

#### ANTISEMITISMO

Además del racismo, otra característica en común entre los grupos de extrema derecha es el antisemitismo, que se refiere a actitudes públicas y acciones discriminatorias en contra de los judíos. Los antisemitas rechazan tanto la religión judía como al grupo étnico. Históricamente se han usado como argumentos principales en contra de los judíos que son el pueblo deicida, el sionismo, la distorsión del holocausto, la ilegitimidad de su poder y otras múltiples teorías conspirativas. En general, el antisemitismo en Estados Unidos se basa en estereotipos negativos y exagerados relacionados con el poder económico, político, cultural e intelectual cultivado por las comunidades judías en ese país.

Otra fuente de oposición contemporánea es que las comunidades judías apoyaron los movimientos por los derechos civiles y la desegregación en el sur de Estados Unidos. Además, los judíos son un colectivo predominantemente demócrata liberal y, por tanto, contribuyen con fondos a organizaciones de este corte. Otra de sus características es su interés especial en los asuntos globales y su influencia en la política exterior estadounidense. En particular, el financiamiento del *lobby* israelita y del Comité Estadounidense de Asuntos Públicos Israelitas en el Congreso genera mucho rechazo entre diversos sectores sociales. Los grupos de extrema derecha rechazan que las vidas y el tesoro estadounidenses se estén perdiendo por supuestas causas políticas sionistas.

Los judíos son sólo el 2 por ciento de la población estadounidense, y uno de los principales blancos de la violencia extremista en el país. En 2019, la



Liga Antidifamación<sup>4</sup> (Anti-Defamation League, ADL) registró 1879 acciones de odio hacia judíos, las cuales van desde vandalismo contra escuelas judías hasta tiroteos en sinagogas y tiendas *kosher* (ADL, 2020). En la misma dirección, en un estudio sobre el discurso de odio en redes sociales, se encontró que en un periodo de un año hubo 4 200 000 publicaciones antisemitas en Twitter en Estados Unidos (Topor, 2019). ADL también encontró que en 2019 se incrementó en un 160 por ciento la propaganda supremacista blanca en espacios públicos; la organización señala a tres grupos principales: Patriot Front en Texas, el American Identity Movement y la Nueva Jersey European Heritage Association (ADL, 2020). Curiosamente, ADL ha encontrado que las escuelas de educación media superior y superior son el principal espacio de reclutamiento de estos grupos antisemitas.

#### NATIVISMO, XENOFobia Y EL “GRAN REEMPLAZO”

Otro común denominador de la ideología de extrema derecha es el pensamiento nacionalista xenófobo que se opone a las olas de inmigración que desafíen la composición demográfica de la sociedad binaria estadounidense. En el siglo xx, Carl Schmitt (Schmitt y Strauss, 1996) normalizó el nativismo en el discurso público cuando argumentó que las democracias liberales naturalmente establecían fronteras entre aquellos que sí pertenecían a la nación —y, por tanto, a sus proyectos y beneficios— y los otros que no; sobre estos últimos habría que hacer la distinción amigo/enemigo. Parecía poco probable que este pensamiento resonara en el país del *melting pot*, la nación multiétnica, la del mito fundacional basado en la migración; sin embargo, las recientes olas de inmigrantes han despertado posiciones nativistas en la academia, la sociedad y el gobierno (Fukuyama, 2018; Huntington, 2004).

En el siglo xxi, la llegada a la Presidencia de Donald Trump afianzó esa normalización del nativismo con su retórica y su política xenófoba. Los nativistas consideran que la nación estadounidense ha sido corrompida por sus líderes, que han favorecido a todos menos a los legítimos ciudadanos; éstos

<sup>4</sup> Esta organización fue fundada en 1913, y desde entonces se ha dedicado a difundir información real sobre las creencias y prácticas judías. También monitorea los discursos públicos y legislaciones, cuantifica los episodios de violencia antisemita en el país y trabaja en contra de los grupos de odio.

son los grupos nativos de la nación, que para ellos son los pioneros europeos y no los grupos indígenas. Los nativistas de extrema derecha creen que “Se han exportado puestos de trabajo al extranjero y se han importado trabajadores para robar empleos en casa. Se sacrifica la sangre y el tesoro estadounidense en guerras a favor de la libertad de otras personas, se gastan los impuestos en un esquema de bienestar global llamado ‘ayuda al extranjero’ [...], pero se ha fallado en proteger a ‘nuestra gente’ del terrorismo y el crimen de los inmigrantes” (Denvir, 2020: 2).

En contra de la evidencia, la extrema derecha argumenta que los inmigrantes aumentan el crimen en sus lugares de residencia, que roban trabajos a los estadounidenses y no quieren incorporarse, ya que no quieren aprender inglés y crean enclaves. Según los antiinmigrantes, los migrantes no europeos erosionan la cultura y las instituciones del país, traen consigo los problemas de sus comunidades de origen e intentan abusar del sistema de bienestar de la Unión Americana.

Hay dos concepciones principales de la extrema derecha en torno a este rubro: el gran reemplazo y la remigración. El “gran reemplazo” se refiere al cambio demográfico causado por los migrantes y sus altas tasas de natalidad. Algunos grupos incluso hablan de un “genocidio blanco” que causa la inmigración, la integración, los derechos reproductivos y la violencia en contra de comunidades blancas. Ante esto, proponen la remigración, que significa la deportación masiva de personas de minorías étnicas a los lugares de los que son nativos. También buscan negar la nacionalidad vía *ius soli* a los hijos de los inmigrantes, a quienes llaman peyorativamente “niños pasaporte” o “bebés ancla”.

Los grupos de extrema derecha consideran que el Partido Demócrata favorece una reforma migratoria para naturalizar a los inmigrantes porque en su mayoría generalmente son liberales. Como lo han demostrado a través de sus maquinarias electorales a lo largo de la historia, las reformas migratorias benefician al Partido Demócrata, que los enlista en sus filas como votantes. Por esta razón, cuando Donald Trump lanzó una campaña basada en retórica nativista y xenófoba fue respaldado por los grupos de extrema derecha a lo largo del país. Ante esto, como lo hemos explicado en el capítulo sobre los latinos, tan sólo durante la presidencia de Trump se aprobaron tres políticas antiinmigrantes basadas en la ideología de la extrema derecha: la política “cero tolerancia”, la prohibición de entrada a personas de países musulmanes y la regla de la carga pública.

## MISOGINIA Y LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Los grupos de extrema derecha en su mayoría son misóginos, ya que consideran que el feminismo ha profundizado la precariedad de Occidente y de toda la humanidad en su conjunto. Apoyan la subordinación de género y consideran que el papel principal de la mujer en los movimientos debe ser el apoyo pasivo (Gottfried, 2007). Los ultraderechistas argumentan que la libertad sexual y los derechos reproductivos son una amenaza para la civilización. Según ellos, por estas causas han disminuido las tasas de natalidad de las mujeres blancas, ya que ellas tienden a ser más liberales que las mujeres de las minorías étnicas y raciales (Mattheis, 2018).

Algunas encuestas sugieren que tres cuartas partes de los simpatizantes de la extrema derecha son hombres, blancos, heterosexuales, políticamente conservadores, sin una fuerte afiliación religiosa y cuyo rango de edad es de entre dieciocho y treinta y cinco años (Zuckerberg, 2018). Estos individuos buscan erradicar la influencia feminista de sus vidas y definir la masculinidad en sus propios términos (Stern, 2019); sin embargo, a pesar de su misoginia los grupos de extrema derecha no están exclusivamente conformados por hombres.

George Hawley (2019) explica cómo las personas de extrema derecha con más seguidores en YouTube son mujeres; por ejemplo, están los canales de Tara McCarthy, Lauren Southern y Brittany Pettibone. En un estudio sobre discursos de mujeres de extrema derecha, Ashley Mattheis (2018) identificó que ellas tienen una misión persuasiva dentro del movimiento. En sus programas enfatizan la centralidad de la maternidad en su existencia y la promoción de roles y estilos de vida tradicionales, se oponen sistemáticamente al aborto, transmiten mensajes de sumisión, justifican la violencia doméstica y hasta la violación en determinados casos.

Algunos de estos grupos incluso pugnan por “los derechos de los hombres”, que se basan en argumentar que la sociedad contemporánea discrimina a los hombres en favor de las mujeres en casos como las admisiones universitarias, los contratos laborales, los programas sociales, los divorcios y la custodia de los hijos. También arguyen que los hombres mueren en mayor medida de forma violenta, tienden a cometer más suicidios y tienen menor esperanza de vida que las mujeres, aspectos que, según ellos, no reciben suficiente atención pública en comparación con las movilizaciones feministas.

Para discutir libremente sobre estas ideas han creado la *manosphere*, que incluye medios de comunicación y plataformas en Internet para difundir sus posturas. Estas comunidades conectan con un gran grupo de hombres cisgénero unidos por la creencia de que son discriminados por una sociedad ginocéntrica (Zuckerberg, 2018). Estas plataformas dan a sus miembros una sensación de conectividad, de solidaridad, de propósito común y son una etapa para constituir una identidad política.

### **Una minoría silenciosa que hace mucho ruido en redes**

Los medios de comunicación tradicionales siempre han sido un poder fáctico en la política estadounidense. Aunado a esto, en la actualidad hay una mayor influencia de los medios electrónicos y de las redes sociales en la opinión pública y en la acción política. Las fuentes a través de las cuales la sociedad obtiene la información han cambiado. Una encuesta del Pew Research Center (Jurkowitz *et al.*, 2020) encontró que los militantes demócratas y republicanos obtienen la información de diferente forma, pero que, en ambos casos, una quinta parte de quienes respondieron sólo sigue a medios que comparten sus ideas.

Manuel Castells (2011) sugiere que la Internet ha constituido la cultura perfecta para diseminar virus conspirativos, ya que los mensajes aparecen en la pantalla simultáneamente y esto hace más difícil poder diferenciar la realidad de la ficción. *Alt-right* ha creado silos electrónicos para divulgar símbolos de odio, esparcir sus posturas negativas hacia el gobierno, *fake news* para diseminar la paranoia y novedosas estrategias para reclutar miembros. Las *fake news* inmediatamente encajaron en el mundo conspirativo de los grupos de extrema derecha. La posverdad que despliegan en el ciberespacio moviliza a la opinión pública y atrae la atención hacia sus organizaciones.

El ciberespacio permitió a los grupos de extrema derecha reinventarse, reclutar nuevos miembros y diversificar sus acciones. Paradójicamente, estos grupos han copiado el activismo desarrollado por los de extrema izquierda, entre los que destacan la creación de manifiestos, medios de comunicación especializados, organizaciones culturales, civiles y políticas, y la protesta tanto pacífica como violenta en el ciberespacio. El problema más grave de los

grupos de extrema derecha es que consienten y alientan actos autoritarios para favorecer sus intereses e ideologías; no dudan en utilizar una retórica eliminacionista que expresa un permiso tácito o explícito para cometer actos violentos, genocidios y crímenes de odio. El ciberespacio es un escenario lo suficientemente anárquico para estos fines.

En un estudio exploratorio sobre la presencia de los grupos de extrema derecha en el ciberespacio he logrado documentar los siguientes portales electrónicos:

CUADRO 12  
LA EXTREMA DERECHA EN INTERNET

<i>Sitio</i>	<i>Año</i>	<i>Principal vocero</i>
<i>Breitbart News</i>	2005	Stephen K. Bannon
<i>Daily Stormer</i>	2013	Andrew Anglin
<i>Occidental Dissent</i>	2008	“Hunter Wallace”
<i>Occidental Observer</i>	2007	Kevin B. McDonald
<i>Counter Currents Publishing</i>	2010	Greg Johnson
<i>Radix Journal</i>	2012	Richard B. Spencer
<i>American Renaissance</i>	1990	Jared Taylor
<i>The Right Stuff</i>	2012	Mike Enoch
<i>VDare*</i>	1999	Peter Brimelow
<i>Alright.com</i>	2010	Richard B. Spencer
<i>Stormfront</i>	1996	“Don Black”
<i>/pol/ in 4Chain</i>	2003	Banco de imágenes

\* NOTA: Esta publicación electrónica lleva el nombre de la primera persona (descendiente de europeos) nacida en Estados Unidos, Virginia Dare, y es particularmente un sitio antiinmigrante.

FUENTE: Elaboración propia.

Los líderes de estas publicaciones electrónicas no son anónimos, muchos de ellos incluso son figuras públicas muy conocidas en Estados Unidos. Por ejemplo, Stephen Bannon, editor en jefe de *Breitbart News*, se logró convertir en asesor político de Donald Trump, y Richard Spencer, de *Radix Journal*, fue director del *think tank* conservador National Policy Institute.

Thomas Main (2018) encontró que los sitios de Internet de la extrema derecha recibieron un promedio de visitas mensuales de 4 300 000 usuarios.

En un estudio de redes sociales en Twitter, Jacob Davey y Julia Ebner (2019) detectaron que 1 500 000 tuits mencionaron teorías del “gran reemplazo” entre 2012 y 2019. En el mismo periodo, 540 000 tuits usaron el término *remigration*; sorprendentemente, sólo el 6 por ciento de la actividad en redes sociales provino de Estados Unidos, un 50 por ciento se generó en Francia y un 20 por ciento en Alemania. Un problema que este tipo de estudios ha identificado es el uso constante de medios alternativos en Internet que no permiten rastrear, documentar y cuantificar toda la actividad; por ejemplo, existe la aplicación Patriot Peer, la plataforma sustituta de Twitter llamada Gab, y chats en canales creados para otro propósito como los de videojuegos y los blogs.

Los grupos de extrema derecha usan memes racistas y deshumanizadores, tienden a falsificar o malversar datos y estadísticas, usan teorías y estudios paracientíficos en su propaganda. Una de sus principales estrategias es la llamada píldora roja (*red pill*),<sup>5</sup> desinformación y posverdad presentada de forma atractiva para reclutar y radicalizar a sus miembros. Canciones, pósters, videos de YouTube e infografías se utilizan como píldoras rojas para diseminar ideologías de extrema derecha.

Incluso en 2016 se lanzó un documental llamado *The Red Pill*, dirigido por Cassie Jaye y distribuido por Gravitas Adventures. La directora y protagonista es una feminista que busca investigar a los grupos de extrema derecha; en el proceso se encuentra con casos en los que el feminismo ha afectado las vidas de los hombres. Ilustra historias de varones víctimas de violencia doméstica, la falta de recursos para prevenir el suicidio, los abusos militares, sentencias por casos falsos de violación y de violencia intrafamiliar. Supuestamente, al observar estas injusticias, Jaye se vuelve una adepta de la extrema derecha.

Otra de las estrategias en el ciberespacio de los grupos de extrema derecha consiste en desacreditar a los medios de comunicación del *mainstream*. Frecuentemente hacen llegar a los periodistas información falsa y propagan *fake news* a su nombre; en muchos casos esperan a que la noticia se viralice para declarar su autoría y su falsedad (Hawley, 2019). Lo anterior se complementa con el uso de *trolls*, personas que crean grupos de cuentas falsas que se dedican a promover la discordia en los foros de Internet. Inclusive, la

<sup>5</sup> Se llama *red pill* porque hace referencia a una escena de la película *Matrix* (1999), en la que se le ofrece al protagonista elegir entre dos píldoras, una azul que representa la desesperante ignorancia o una roja que lo llevará a la verdad.

publicación de extrema derecha *Radix Journal* (2015) publicó la columna “¿Por qué necesitamos un *troll* como presidente?” Afirmaron que la candidatura presidencial de Trump era digna de ser apoyada porque él mismo era un *troll* que exponía las reglas malévolas del sistema y porque estaba dispuesto a criticar abiertamente a la prensa *mainstream* y a sus oponentes políticos.

*Alt-right* adoptó a “Pepe the Frog” como su mascota; la rana Pepe es un personaje antropomórfico que originalmente surgió en un comic de la red social MySpace (Hawley, 2019). A pesar de haber sido creado por el liberal demócrata Matt Furie, tiempo después se convirtió en un personaje popular utilizado en memes racistas y antisemitas, ataques políticos y como un símbolo gráfico de los grupos de odio. *Alt-right* ve en el ingobernable ciberespacio una plataforma para ejercer libremente su discurso de odio y su crítica enardecida al gobierno y a los liberales. La nueva generación de medios de comunicación y de redes sociales de la extrema derecha se enorgullece de ser iletrada, especulativa, de su falta de ética, de la posverdad, de malinformar y adoctrinar a sus adeptos.

## **Desestabilización de la política tradicional estadounidense**

Thomas Jefferson fue uno de los primeros presidentes en preocuparse por la falta de pilares para construir una identidad nacional estadounidense. Jefferson se convirtió en uno de los principales impulsores del “credo americano”, que buscaba conformar una identidad nacional cívica que contrastara con las identidades étnicas o culturales sobre las que se organizaban los otros Estados-nación (Huntington, 2004). Mientras que otros países tenían mitos fundacionales milenarios, eran Estados monoétnicos o religiosos, en el caso de Estados Unidos la identidad se basaría en un credo común (*The American's Creed*) basado en valores y aspiraciones políticas: “Una perfecta unión, única e inseparable, establecida bajo los principios de libertad, igualdad, justicia y humanidad por los que los patriotas americanos sacrificaron sus vidas y fortunas” (Tyler, 1986), tal y como quedó plasmado en el credo aprobado por el Congreso.

Este credo americano sirvió en el pasado para unir al país contra los males del nacionalismo radical. Anatol Lieven (2003) considera que el credo

estadounidense, el nacionalismo cívico y el sistema democrático tienen intrínsecamente un mecanismo de autorreparación que permite que periodos de nacionalismo intenso vayan sucedidos por el regreso a un equilibrio más tolerante y pluralista. En contraste, autores como Thomas Mann y Norman Ornstein (2012) argumentan que es una falacia que el sistema político de Estados Unidos se autocorrija sin asimilar las huellas que los grupos de extrema derecha dejan sobre la política. Estos grupos afectan la siguiente elección y la agenda política sin necesidad de causar cambios estructurales radicales.

Esto ya lo hemos visto ejemplificado en la elección de Barack Obama y su seguro de salud, que tuvieron como resultado un auge de los grupos de extrema derecha durante su presidencia. Posteriormente, la movilización de esas organizaciones catalizó la elección de Donald Trump, quien de forma autocrática, al margen del Congreso y las agencias ejecutivas, trató de cumplimentar sus demandas.

La metapolítica se refiere a todas las discusiones y acciones llevadas a cabo fuera de los ámbitos institucionales y de las reflexiones de la filosofía política. Alan Badiou (2005) explica que entre algunos grupos hay un monopolio de la verdad que no entiende que la política real sólo puede emanar de la emancipación orgánica y plural. Los partidarios de la metapolítica reclaman tener una opinión al margen de la democracia participativa y de la academia sobre cualquier tema, ya que aunque su opinión sea infundada y radical es resultado de las instancias y prácticas cotidianas. Los ejecutores de la metapolítica consideran necesaria la difusión social y cultural de sus valores para, según ellos, provocar cambios profundos y transformaciones duraderas que se basen en reclamos legítimos de la sociedad y no en conceptos filosóficos abstractos.

*Alt-right* es partidaria de la metapolítica; según ellos, son la resistencia de la nueva derecha. Constituyen grupos erráticos distanciados del gobierno, de los partidos, de la política centrista y de la filosofía política. Muchos de estos grupos propagan ideas conspiracionistas ancladas en episodios históricos y manifestaciones actuales para incitar actos plagados de intolerancia y racismo; utilizan frecuentemente la paranoia. La mayor capacidad de la extrema derecha consiste en promover simultáneamente rabia y aspiraciones; esta habilidad para movilizar paralelamente sentimientos y una agenda identitaria les garantiza la persistencia a través del tiempo sobre cualquier estrategia de reclutamiento masivo de adeptos.



El Partido Republicano se ha convertido en una organización cuya base de votantes está en la clase trabajadora principalmente blanca, depende de las supermayorías y del poder de grupos de movilización sólidos (Douthat y Salam, 2009). La injerencia del ala más conservadora en la política estadounidense no es nueva. Newt Gingrich, congresista republicano y *speaker* de la Cámara, quien además realizó profundas reformas a sus estatutos de operación, impartía un curso en una universidad de Georgia titulado “Renovando la civilización estadounidense” (Daley, 1995). En unas grabaciones de audio hechas públicas por sus críticos, calificaba a sus oponentes como la decadencia, fallidos, traidores, patéticos, corruptos e incompetentes (Lieven, 2003). Éste es el mismo lenguaje ofensivo sobre los políticos que utilizan los manifiestos y discursos de los grupos de extrema derecha.

El *Tea Party* es un movimiento neoconservador surgido dentro del Partido Republicano que busca minimizar la injerencia del gobierno federal sobre la economía y los asuntos locales, apoya la reducción de impuestos, la austeridad y la disminución del déficit, y se opone a cualquier iniciativa de seguridad social gubernamental; rechazan las operaciones militares selectivas en el exterior y en su lugar apoyan la guerra totalitaria cuando sea necesario. El *Tea Party* se ha empezado a organizar de forma autonómica en el terreno de las zonas rurales del país, y se ha imbricado dentro de núcleos de extrema derecha.

En 2015, un grupo de republicanos aún más a la derecha del espectro conservador formó el *Freedom Caucus* en la Cámara de Representantes. Aunque el *caucus* no hace pública la membresía de sus integrantes sí se sabe que incluía entre cuarenta y cincuenta congresistas. Este *caucus* representa al ala más conservadora dentro del Partido Republicano; en la actualidad supera en influencia al neoconservadurismo del *Tea Party*. En 2015 se hizo un estudio a partir de las declaraciones públicas en el que se identificó a treinta y seis representantes miembros del *Freedom Caucus*; después se revisó con la base de datos DW-Nominate, que analiza el comportamiento legislativo de los congresistas en un rango que va del -1 (más liberal) al +1 (más conservador): mientras que la media para todo el Partido Republicano era de .459, la de los republicanos del *Caucus* de la Libertad fue de .692 (Desilver, 2015).

Durante la campaña electoral de 2016, en su discurso previo a las primarias de Nevada, Hillary Clinton acusó a Donald Trump de pertenecer a *Alt-right* debido a la incorporación de Steve Bannon como consejero político en su campaña. Lo cierto es que Donald Trump sí fue un candidato populista

que utilizó el discurso del ala derecha política, pero en ningún momento mostró posiciones ideológicas consistentes y congruentes; más bien, se caracterizó por una ideología y una acción política erráticas; sin embargo, Trump retomó varios elementos de la extrema derecha: el discurso eliminacionista hacia los inmigrantes, los negros, los musulmanes y todos “los otros”. También el ultranacionalismo palingenésico que busca el regreso a los orígenes y el renacimiento fortalecido, que se ejemplifica con frases de sus discursos de campaña; por ejemplo: “La minoría silenciosa está de regreso y vamos a retomar el país. Vamos a hacer a América grande otra vez” (Cillizza, 2015).

Trump fue muy bien recibido por la extrema derecha estadounidense en razón de su discurso, por su estatus de *outsider* político, de no alineado ni con el liberalismo ni con el conservadurismo y debido a que no era un político republicano en sus orígenes. Además, en su presidencia, Trump no demostró respeto por las convenciones políticas, por sus oponentes o por los estándares éticos. Esto tuvo un efecto energizante entre los grupos ultraderechistas, que tienen como objetivo desestabilizar la política contemporánea que sea representativa, deliberativa y pluralista. *Alt-right* rechaza todos los estándares éticos; sus discursos utilizan lenguaje racial y étnico intemperado, estereotipos perjudiciales, crítica vituperiosa y hacen alarde de símbolos extremistas en los ámbitos públicos y privados. Su influencia parece más visible en el consentimiento de las elites hacia una política con estándares éticos más bajos y sin sanciones para los políticos que la desarrollan. Las agendas de la extrema derecha parecen tener éxito porque consisten en bloquear y revertir el progreso. Resulta más fácil para todo sistema deshacer que construir, regular que reformar, bloquear que articular el cambio.